

Rabelais mismo, el que con razón ó sin ella se cree que fué el autor de la más ruda sátira contra «la Isla Sonante y todos sus pajarracos», no se dignó abandonar la estola y el hisopo: permaneció cura, convencido de que bajo el vestido severo del pastor calvinista hubiera estado más ridículo todavía. En el siglo de la Reforma, cuando la evolución religiosa fué bastante poderosa en la Gran Bretaña y en los países germánicos para cambiar la forma exterior del culto y dar á los cristianos un nuevo ardor, los elementos de esa renovación de la fe en el más allá no fueron suficientes en Francia para que el protestantismo adquiriese una fuerza comparable á la que se manifestó en el Este y en el Norte: faltó empuje á la espontaneidad del impulso.

En el conjunto, si se considera el protestantismo en sí, sin las mil circunstancias exteriores á que ha debido acomodarse, ha de verse en él una vuelta hacia los orígenes, una tentativa por parte de los cristianos de dirigirse á las fuentes mismas de la vida, de beber en la fuente viva que mana á los pies de Jesucristo, y que después fué conducida, canalizada y mezclada con las aguas más diversas por los papas y los concilios. Toda revolución comienza, en el pensamiento de sus autores, por una simple reforma. Los primeros cristianos quisieron volver á la sencillez de los antiguos Hebreos; así también los primeros protestantes trataban de remontar á los tiempos del Evangelio. Más aún: aceptando devotamente la tradición que daba á los dos «Testamentos» de las Santas Escrituras un mismo valor, puesto que las palabras son igualmente inspiradas por Dios, aspiraban á restablecer la «antigua alianza», el pacto consentido por el Eterno con sus servidores Samuel, Moisés y el padre Abraham: todo progreso, y desde ciertos puntos de vista de tal debe ser calificado el protestantismo, comienza por un movimiento de retroceso hacia el pasado.

No se crea que esa vuelta de la voluntad religiosa hacia los tiempos tan lejanos de la antigüedad judaica haya quedado sin consecuencias materiales, sin reacción eficaz sobre la civilización protestante. La influencia de la Biblia sobre la cultura moderna es mucho mayor que lo que generalmente se supone. El precepto del libro, «Escudriñad las Escrituras», tomado en el sentido del estudio per-

sonal de las cosas santas sin la ayuda de pastores, entró en la conciencia del protestante, y millones de hombres en Alemania, en los Países Bajos y en Escandinavia, en las islas Británicas y en la Nueva Inglaterra, en las montañas de los Cevennes y en otros distritos de la Francia hugonote, se dedicaron á la lectura única de la «Palabra de Dios», comenzando por el Génesis, y, bajo esta influencia, acabaron por ser mucho más judíos que cristianos. La historia mítica y legendaria, á veces atroz, de los Beni-Israel les llegó á ser más familiar que la historia de su propia nación, modificó su lengua y su modo de pensar y penetró hasta el fondo del ser por su moral primitiva. Tales libros inspirados por esas ideas del protestantismo judaizante son absolutamente incomprensibles para los no iniciados, lo mismo que tales ó cuales actos de fervientes calvinistas que toman por modelo Moisés, Josué ó el «santo rey David». Actos abominables, reprobados por toda moral humana, encontraban amplia justificación en los ejemplos dejados por el «pueblo elegido», y considerado el enemigo como «Filisteo» ó «Amalecita», se tenía sobre él derecho de exterminio, de tortura y hasta de eterna maldición, de condenación al fuego que no se extingue. Recorriendo los anales contemporáneos se encuentra el relato de alguna horrible matanza familiar, que en un principio parece un acto de simple locura, pero que bien considerado se ve que está seriamente conforme con una ú otra escena del judaísmo antiguo y se precisa en la voluntad del criminal bajo la influencia de lecturas de la Biblia renovadas sin cesar: son los crímenes rituales del protestantismo.

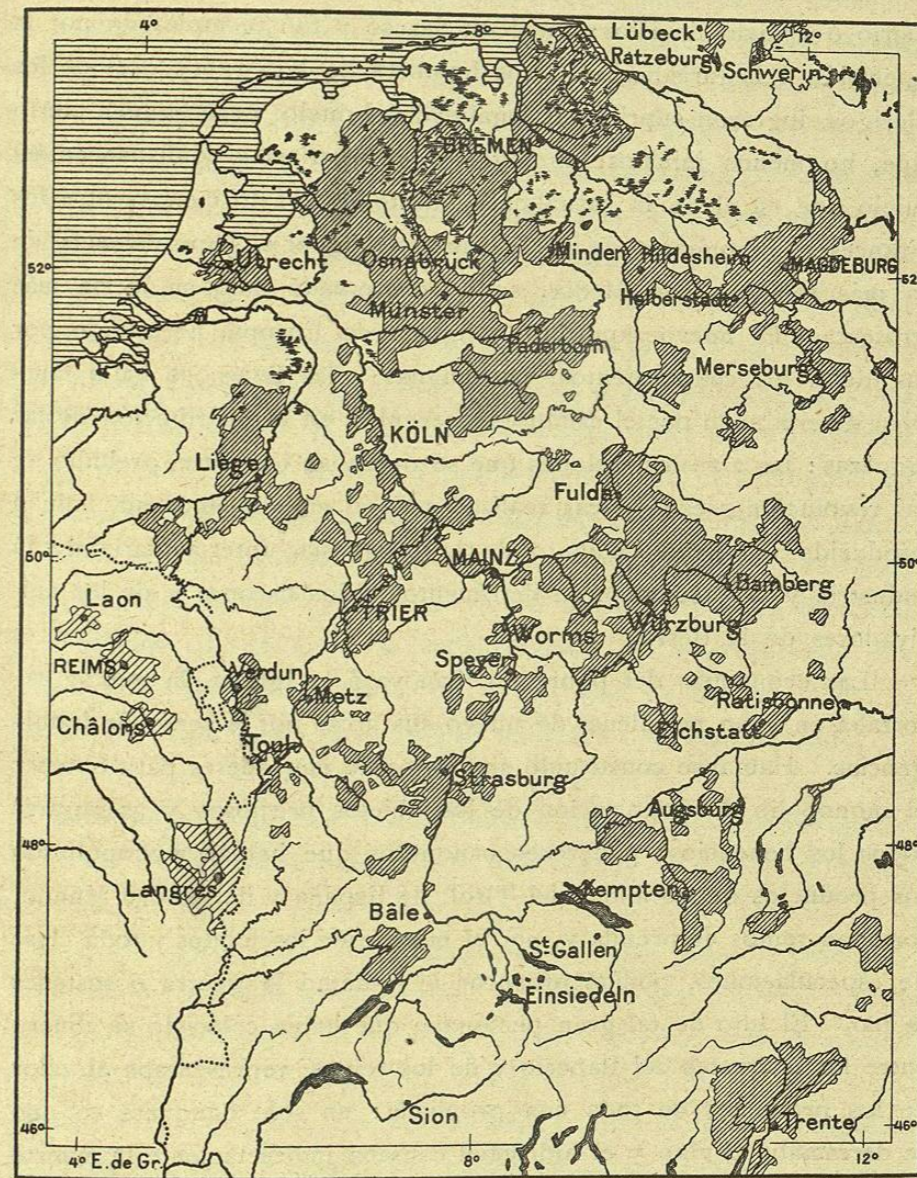
La Reforma, pues, estudiada exclusivamente desde el punto de vista de la evolución religiosa, no es más que una tentativa de «renacimiento» ó de purificación del catolicismo, lo que el mismo Renacimiento había sido en el estudio y en el arte. Los protestantes fueron católicos más ardientes que los papas y los prelados; en tanto que éstos se acomodaban fácilmente á las modificaciones causadas por el tiempo y no se cuidaban de parecerse á San Pablo y á los apóstoles, los fanáticos reformadores remontaban, en su tenaz investigación del pasado, tan lejos como lo permitía su erudición, más allá de Jesús y sus discípulos. No podía ser de otro modo: la generación que precedió á Lutero poseía ya la obra reputada como divina,

de la cual se habían hecho ya una veintena de traducciones antes que la suya — la primera, editada en Delft, data de 1477 —, y el arte de la imprenta, que la distribuyó pronto entre todos los fieles<sup>1</sup>, por centenares de ediciones, por miles y miles de ejemplares, creó por eso mismo multitudes rivales á los predicadores oficiales, curas y frailes. Cada lector de la Biblia llegó á ser su propio dispensador de verdad, su pontífice supremo, tenía en su mano la llave divina que abre las puertas del cielo. Como decía Bossuet, «con su Biblia en la mano, todo protestante fué papa». A lo menos así sucedía entre burgueses y nobles, porque las costumbres de los pueblos inclinaron siempre su balanza hacia el poder. En proporción de la instrucción creciente que cambiaba el centro de gravedad en la sociedad burguesa, la explosión de la Reforma había llegado á ser irresistible, era necesario romper la vieja armadura de la Iglesia y había que forjar una nueva.

La forma de la religión debía, pues, acomodarse á la mentalidad del mundo burgués; también debía prestarse á los métodos científicos recientes, introducidos por los humanistas, y no descuidar, como lo había hecho hasta entonces, las lenguas modernas, que se habían emancipado del latín y se convertían á su vez en admirables intérpretes del pensamiento; por último, la revolución operada en el mundo de la inteligencia había de producirse paralelamente en la concepción, en la práctica de las leyes y favorecer proporcionalmente la evolución religiosa. El derecho romano reemplazó al antiguo derecho germánico, á pesar de la oposición encarnizada de la Iglesia. En posesión de la tercera parte del territorio y de los bienes muebles en la Europa occidental, el clero temía esa transformación, que colocaba las propiedades eclesiásticas bajo el examen y la crítica de los legistas, y de ese modo preparaba la Reforma antes que se efectuara desde el punto de vista religioso, pero no pudo evitarlo. Los monarcas franceses, prosiguiendo la obra de Felipe el Hermoso, habían restringido poco á poco el poder de los papas, y, finalmente, Francisco I se sintió bastante fuerte para reservar á la autoridad civil el nombramiento de los obispos; por el concordato de 1516, la «hija primogénita de

<sup>1</sup> Richard Heath, *Anabaptism*.

N.º 376. Algunos territorios eclesiásticos.



1: 6 000 000

0 100 200 300 Kil.

Los territorios rayados estaban sometidos á la jurisdicción eclesiástica, que, en Francia, fué gradualmente subordinada al poder real, y, después del concordato de 1516, se hizo puramente nominal. — Los nombres en mayúsculas son los de los arzobispados; las otras ciudades eran sedes de obispados ó de abadías importantes.

la Iglesia» imponía condiciones durísimas á su madre, pero ésta no tuvo más remedio que someterse á ellas.

También fué herido el poder de la Iglesia cuando el duelo judicial ó «juicio de Dios» cayó en desuso y fué reemplazado por la apelación á la jurisdicción. Los hombres de ley, vencedores de los clérigos, lograron suprimir la legalidad del duelo; pero es bien cierto que, no menos injustos, no lograron inspirar más confianza en su juicio que en el de la casualidad, puesto que, á lo menos entre los Franceses, la práctica de los «lances de honor», supervivencia de la más remota Edad Media, se ha conservado bajo su forma más grotesca. El nuevo equilibrio religioso de Europa, necesitado por las ideas, los conocimientos, las lenguas y las leyes, se halló también determinado por el cambio sobrevenido en la distribución de las riquezas: las transformaciones que se operaban entonces, preludeo de las revoluciones económicas realizadas en el mundo moderno, habían producido el enriquecimiento de la burguesía, intermediaria de la industria y del comercio, en detrimento de los barones y de los cultivadores de la tierra.

Las economías del pobre no iban ya á la Iglesia, la que se esforzaba en vano por llenar de nuevo sus arcas por la venta de indulgencias. Habíanse constituido sindicatos de mercaderes para obtener el monopolio de importación de los objetos preciosos y asegurarse todos los beneficios; poderosos banqueros que habían monopolizado los productos de las minas del Tirol, de España y del Nuevo Mundo, tomaban reinos en prenda y, por el manejo de los fondos y toda clase de especulaciones, podían provocar á voluntad la guerra ó sostener la paz. El lujo de tal gran personaje, que había colocado su dinero entre los magnates del Imperio y de los reinos, representaba el valor de los productos de toda una provincia: un solo banquete en que se derramaba el vino y el hidromiel causaba indirectamente la muerte de algunos miles de aborígenes en la Española, en Cuba ó en el continente americano.

Menos ricos que esos banqueros, los príncipes y soberanos bien hubieran querido imitar esas prodigalidades fastuosas correspondientes á su rango, pero estándoles prohibido todo trabajo, ¿qué medios podían emplear para aumentar sus riquezas? Tenían ya tasada la materia imponible, habían cobrado tributos, exigido servidumbres, reivindicado la mayor parte del parasitismo sobre toda manifesta-

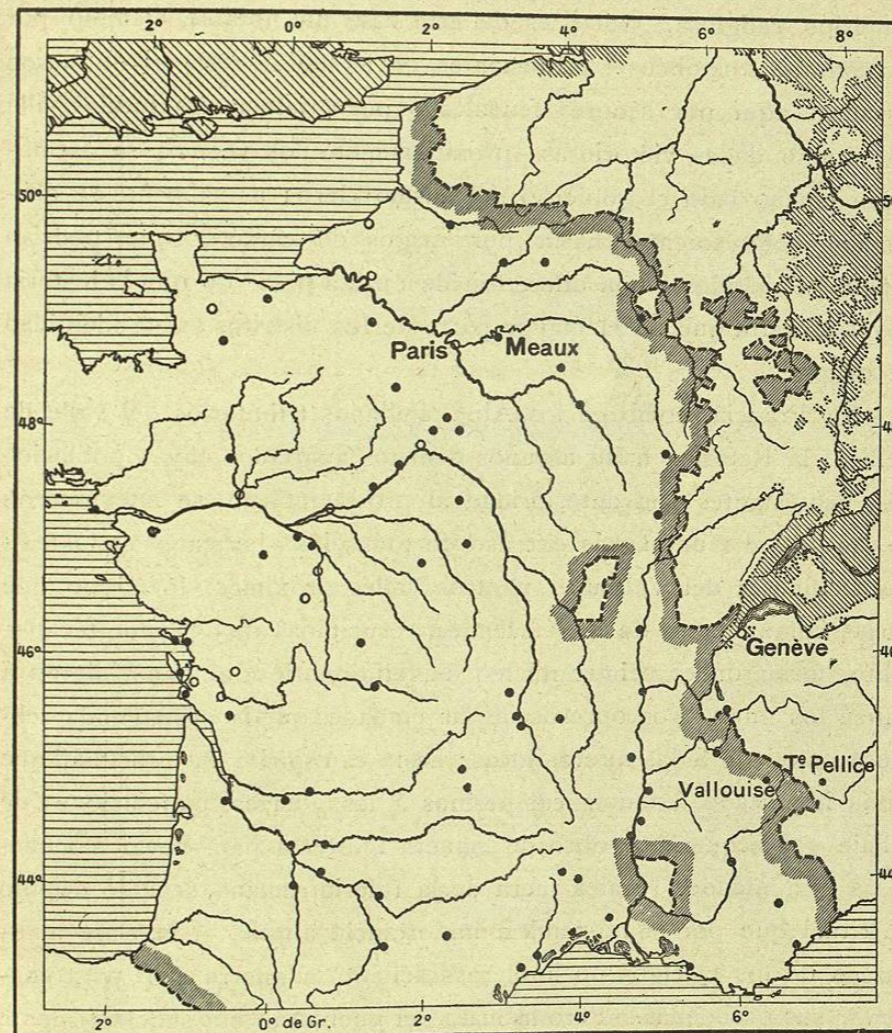
ción del trabajo humano, ¿pero no había llegado ya el momento de confiscar, de *incamerer* ó anexionar al dominio de la cámara eclesiástica, de apropiarse los tesoros de la Iglesia, como se había hecho tantas veces con los de los Judíos, de proseguir respecto de todos los prelados católicos y en todos los conventos la obra que poco antes el rey de Francia, arrastrando tras de sí todo un mundo tembloroso de magistrados y de clérigos pronto á retractarse, osó intentar contra la sola orden de los Templarios, declarada de antemano herética para que sus bienes fuesen buena presa? La conversión á la forma nueva del cristianismo ofrecía, á los príncipes y á sus amigos y consejeros de la burguesía, la ocasión única de recompensar su repentino celo por la verdad del Evangelio con el monopolio de las economías seculares acumuladas en iglesias y conventos. La Reforma, primera gran victoria de esa clase burguesa que dos ó tres siglos después había de dominar con el triunfo de la Revolución francesa, iba á ayudar eficazmente á la redistribución de las riquezas. Esa es una de las formas necesarias de la actividad de las revoluciones, pero no la única, como historiadores temerarios lo han supuesto.

Los que se contentan con ampulosas afirmaciones representadas por frases tradicionales, suelen decir que cuando la gran escisión de la Iglesia, se hizo la repartición siguiendo el contraste geográfico del Norte y del Mediodía; suele agregarse que esta división coincidió con la de los pueblos germánicos y de los pueblos «latinos». Sin embargo, la observación de los hechos demuestra que esas afirmaciones generales están en desacuerdo con la realidad, como lo demuestra el hecho de que en pleno Norte, ó al menos sobre la vertiente septentrional de Europa, Polonia, los países rhenanos, Bélgica, Irlanda, los Highlands de Escocia están principalmente habitados por católicos, y que en algunas comarcas en que las dos religiones se disputan la supremacía, ni el clima ni la raza tienen nada que ver en la diferencia de las confesiones. Es preciso estudiar separadamente en cada país la evolución de los acontecimientos que han producido el equilibrio religioso para apreciar y medir las causas diversas que han determinado el triunfo de la forma católica ó de la forma protestante en las religiones nacionales.

En primer lugar, las poblaciones de las dos penínsulas «latinas» de Europa, aquellas precisamente en que «renacimientos» sucesivos, con sus reformas correspondientes, habían precedido al gran Renacimiento y á la gran Reforma, permanecieron fuera del movimiento separatista. Respecto de España, la causa es bien evidente: el éxito incomparable de la autoridad monárquica, que lograba todo hasta el absurdo, había impulsado á la nación hacia el retroceso en todas las cosas. No solamente no podía ya el pueblo español en su conjunto participar en las rebeldías de la inteligencia, sino que apenas si algunos hombres libres conservaban la fuerza de pensar: las hogueras de la Inquisición se encendían para todos aquellos cuyas palabras no eran la fórmula consagrada, ni los actos repetición servil. Parece que los reyes de España hubieran podido obrar como los de Francia y concentrar entre sus solas manos el poder absoluto, pero de una parte y de otra de los Pirineos eran diferentes las condiciones. Ni los Fernando ni los Carlos V contaban con una larga tradición monárquica: en la época de la Reforma llegaban apenas á la posesión indiscutible de la península y la cooperación del clero era indispensable á la obra de expulsión de los Moros: la monarquía española sólo era fuerte por la Iglesia.

Italia, agotada por sus esfuerzos anteriores, se encontraba también en pleno período de reacción; el suelo, erial y como abrasado, no podía alimentar ya nuevos cultivos; hasta lo que había sido la exuberante Florencia no era más que una ciudad triste, sin vida moral y sin esperanza. Habiendo llegado á ser dueños absolutos de lo que había sido la república de los hombres libres, los Médicis tuvieron cuidado de sumir en la indolencia á los ciudadanos tan móviles y tan ingeniosos de la noble ciudad; para hacer de ellos vasallos fieles y sustraerles á la propaganda herética, prohibieron los viajes á aquellos hijos de viajeros «incomprensibles», á quienes se había comparado al «quinto elemento». Lograron constituir en rebaño los Florentinos, casi encerrarlos en una Bastilla, y cesando así de conocer el mundo exterior, fueron también ignorados del mundo. Aparte de algunas familias de Toscanos desterrados, de Ferrarenses fugitivos y de montañeses valdenses, herederos de la antigua «noble Leyczon», la historia de la Reforma señala apenas algunos nombres italianos.

N.º 377. Algunas iglesias calvinistas en Francia.



1 : 7 500 000

0 100 250 500 Kil.

Meaux es la primera ciudad en que se desarrolló en Francia, hacia 1520, un movimiento análogo al de la Reforma. — En 1559 se celebró en París un sínodo protestante, en el que participaron doce iglesias cuyas residencias se señalan con un punto abierto.

Fuera de los límites de Francia, el territorio rayado indica los países rebelados contra Roma. El Charolés formaba teóricamente parte del imperio alemán.

Verdad es que la influencia de los cuadros eclesiásticos, la educación clerical propia de cada Iglesia y la interpenetración, la alianza más ó menos íntima de los elementos de una misma denominación han tenido por consecuencia diferenciar y oponer en un contraste